

A LAS QUERIDAS MADRES EN SU DÍA, Y SIEMPRE:

Por Eliseo Hernández Echevoyén
Usado con permiso.

A LAS MADRES CRISTIANAS

Mucho acertó el que dijo esta verdad: “La mano que mece la cuna es la que gobierna al mundo”, porque las naciones se componen de familias. Tales madres, tales familias; tales familias, tales naciones; tales naciones, tal humanidad. El hogar es la institución más sagrada formada en el seno de la sociedad humana. El cristianismo confiere a la institución de la familia una importancia especial, y la falta hoy día de un cristianismo definido y sincero es causa del caos social en que vivimos. Como maestra, la madre es la primera educadora. Ningún maestro de escuela, colegio o universidad, podrá hacer lo que la madre hace en el hogar. Con cuánta razón manda Dios: “Instruye al niño en su carrera y cuando fuere viejo no se apartará de ella” (Pr. 22:6). Según el tenor de esta verdad divina y fundamental, el niño será lo que su mamá quiere que sea: o para el cielo o para el infierno, si cumple o no el mandato divino. En cuanto al aspecto religioso se refiere, las oportunidades y capacidades de la madre, superan a todas las de todos los maestros de religión juntos, para llegar con la luz y la verdad de la doctrina santa, al tierno corazón de sus hijos. Madres, forjad en la tabla del corazón, el carácter y la personalidad de vuestros niños, imprimiéndoles principios y verdades de la Biblia, para que sean verdaderos cristianos y que el mundo se mejore, por haber pasado ellos por él. Serán guías de muchos por su ejemplo, enseñando lo que han aprendido de sus padres y recibiendo el discipulado de hombres como Pablo quien dijo a Timoteo: “Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas (ganancia material), y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna...Te mando delante de Dios...que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ti. 6:3-14).

LA BIBLIA EN EL HOGAR

Tres cosas hay que no deben faltar en el hogar: una sonrisa, un ramo de flores y un buen libro. La sonrisa es la aurora de la felicidad, las flores son símbolo de la belleza y el libro es el alma de la sabiduría. Belleza, felicidad, sabiduría: He ahí el trípode en que debe afirmarse ese nido de amor que se conoce con el nombre de hogar. La sonrisa brota espontáneamente del alma. Las flores, al igual que los libros, son asunto de predilección. Sin embargo hay un libro que nunca debe faltar en el hogar: LA SANTA BIBLIA; debe ser el primer regalo del novio para su amada, de los padres para los hijos. En sus páginas en blanco deben figurar las fechas cumbres de la familia, debidamente selladas con lágrimas arrancadas al alma en horas de emoción. En el hogar no debe existir solamente un ejemplar de la Biblia, sino tantos ejemplares como personas haya en la familia. ¿Por qué este énfasis? Porque así lo quiere Dios: “Estas palabras, dice el Señor, que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus portadas” (Dt. 6:6-9). Dios pide que su Palabra ocupe el centro de nuestra ocupación, la mente de nuestros hijos, la totalidad de nuestras conversaciones y que sea el objeto de nuestro amor, la base de nuestras enseñanzas, el adorno de nuestras casas, la frase grabada en nuestras joyas, la meta de nuestros ojos y la identificación de nuestra residencia. “Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando...apartarán de la verdad el oído...Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones...cumple tu ministerio” (2 Ti. 4:1-4).

ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda